

HA TERMINADO EL SUEÑO...

TEMACA EN LA POESÍA DE
ALFREDO R. PLACENCIA



HA TERMINADO EL SUEÑO...

HA TERMINADO EL SUEÑO...

TEMACA EN LA POESÍA DE
ALFREDO R. PLACENCIA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos (CuAltos)

2014

Índice

Palabras preliminares	
LETICIA LEAL MOYA	9
Prólogo	
CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ	11
Genio y figura del padre Placencia	
HUGO GUTIÉRREZ VEGA	17
ALFREDO R. PLACENCIA	
Los poemas de Temaca	21
El Cristo de Temaca [23]	
La cuesta de Temaca [27]	
El Salto de Temaca [28]	
La peña de Temaca [29]	
El cementerio de Temaca [35]	
Adiós a Temaca [37]	
Imágenes de Temaca	41

Primera edición en español, 2014

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Los Altos
Carretera a Yahualica, Km 7.5
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México

Producido para el Centro Universitario de Los Altos de la Universidad de Guadalajara por Rayuela, diseño editorial, Guanajuato 1761, Colonia Mezquitán Country, Guadalajara, Jalisco, México.

ISBN 978-607-96418-3-2

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Palabras preliminares

LETICIA LEAL MOYA

Los Altos de Jalisco son ejemplo de que la riqueza más grande de un lugar es su gente. Esto es palpable, por ejemplo, al ver la dedicación y cuidado que las y los alteños ponen en las pequeñas tareas cotidianas, así como la audacia que muestran al emprender grandes proyectos de alcance y reconocimiento nacional e internacional.

En el Centro Universitario de los Altos (CuAltos) entendemos que sólo invirtiendo en el desarrollo educativo y cultural de los pobladores de esta región podremos cimentar una mayor cohesión social y conquistar mejor calidad de vida para sus habitantes.

Este libro, de prolija escritura y ardua investigación, se integra a los esfuerzos del CuAltos por extender su vida cultural universitaria más allá de sus aulas, en un afán de fomentar el arraigo de sus habitantes, con base en la identidad cultural y en los distintos patrimonios en que ésta se materializa.

Esta publicación, centrada en los lánguidos pero hermosos poemas que Alfredo R. Placencia escribió sobre Temacapulín durante su estancia en aquella población, tiene el valor agregado de contener una semblanza del autor a cargo de otro gran poeta jalisciense, quien además es un reconocido diplomático y académico: el doctor Hugo Gutiérrez Vega.

Los versos de Placencia, en los que poeta y poblado se funden y con-funden en visiones de dolor elocuente, describen los caserones, calles y rostros de «Temaca», como si se tratase de extáticos claroscuros que conjura y rehúye al mismo tiempo. Poemas imbuidos de nostalgia y paradoja: como cuando se llega a un lugar, pero no se pertenece a él, o como cuando uno se despide al fin del mismo lugar, pero deja su corazón sembrado ahí para siempre.

No sin pena reconocemos que Temacapulín atraviesa tiempos difíciles y deseamos que esta publicación trascienda, además de la difusión de su valía e importancia entre los jaliscienses, los marcos estrechos en que la actual amenaza hídrica ha secuestrado al parecer su futuro.

Este libro relievaa la significación profunda de la pertenencia a un lugar; es decir, el sentido que le damos a nuestro hábitat como ese marco en el que transcurren nuestras existencias individuales entrelazadas con la de los demás. Subraya también, mediante los poemas seleccionados, el sentimiento de pérdida y despedida, como un duelo que padecen quienes ven partir sin retorno sus magras esperanzas.

Nuestra cultura es fuerza de reconocimiento, resistencia, organización y superación individual y colectiva; este libro entre tus manos, estimado lector, honra la obra y la vida de un hombre que frente a la adversidad permaneció indomable; un buen ejemplo, creo, para no renunciar a un porvenir mejor compartido.

Prólogo

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ

A la memoria de Ernesto Flores (1930-2014)

Dos eventos que han estado presentes a últimas fechas en nuestro país son el motivo de la presente publicación: por una parte, el rescate de la obra de Alfredo R. Placencia, que ha tenido una aceptación inusitada gracias, entre muchos, a Ernesto Flores; y, por otra, la posible inundación del ancestral pueblo de Temaca. En apariencia ambas corren por diferentes ríos pero la realidad ha hecho confluír sus aguas. Placencia escribió seis poemas dedicados explícitamente al pueblito que en todos los casos llevan el apellido de «Temaca», como sus habitantes y en toda la región de Los Altos de Jalisco lo conocen y no con su nombre oficial: Temacapulín. Si bien es muy estimulante en el medio cultural que se coloque la obra de tan excelso escritor donde corresponde, no lo es menos el hecho de que cada día haya más personas preocupadas por la preservación de la vida cotidiana de los temacapulinenses en el lugar donde les corresponde. Los ojos del mundo están puestos en Placencia y somos cada vez más quienes deseamos que sus aguas aneguen las aulas, las casas y las calles de México.

¿Por qué mandan comisiones para inundar a Temaca?

¿Será para sacar a Orozco y Jiménez del purgatorio?

Dice un antiguo proverbio alteño: «se acabó, como la fiesta de Temaca, por falta de gente». Y hay razón en eso de que en Temacapulín hace falta gente, ya que durante sus fiestas patronales a la Virgen de los Remedios, el 7 de enero, el frío es muy intenso y las probabilidades de lluvia siempre son altas. En las cabañuelas de enero —si el calendario popular es certero— ese día representa al mes de julio, por

lo que debe llover. Del primero al doce de enero se representan los meses, así los días dos y tres son ventosos, del cuatro al seis soleados y calurosos, y el siete lluvioso. San Gaspar, la población más fría de Jalisco de acuerdo con la información meteorológica oficial, se ubica muy cerca de Temacapulín. Ambos fueron lugares de destino de trabajo para Alfredo Placencia. El poeta padeció la malevolencia de sus superiores por su rebeldía, por escribir como escribía. El arzobispo Francisco Orozco y Jiménez fue su enemigo más hostil y quien le hizo padecer el exilio, hecho incomprensible pues el jerarca fue víctima de lo mismo por orden de las autoridades revolucionarias de la época. Se atribuye a Orozco Jiménez haber dicho públicamente que los poetas no sirven para nada, refiriéndose a Placencia, y en tres ocasiones envió sacerdotes para buscar, recoger y quemar sus escritos, cuando el poeta ya había fallecido. El familiar que los entregó, interpretó que el hecho era para «sacarlo del purgatorio».

Temacapulín de Alfredo Placencia se puede inundar. Si eso sucede, se va a acabar como su fiesta pero no porque el frío ahuyente a su gente —el frío es natural—, sino por la construcción de una presa, creación del hombre que no ha sabido conservar el agua. Los bordos, herencia del conquistador español, ya no son suficientes para el agua que consume el ganado, las necesidades ahora son mayores porque el mismo hombre no ha sabido conservar el líquido y construye obras de drenaje con tecnología que hace dos mil años usaron los romanos y que nosotros utilizamos para conducir el agua buena hacia la mala. La obra civil está empeñada en hacer circular el agua a contracorriente, ya que primero habrá que subirla y luego conducirla, aun contra la gravedad. El camino que lleva a Comala es de bajada, el regreso es de subida.

Así, el padre Placencia sin duda volvería a escribir «El paso del dolor», porque hay muchas razones para el sufrimiento: la basílica lateranense en que se convirtió el templo de Temaca en 1959, al celebrar sus doscientos años de fundación, quedaría cubierta de agua, y aunque se ha ofrecido desmontarla piedra por piedra y volverla a erigir, a los pobladores no les satisface la idea porque la pertenencia de la tierra de los alteños es tan antigua como su historia, es parte de su existencia y nadie quiere cambiar de padres a la mitad de su vida. No podemos cargar a cuestas con los muros de agua de Revueltas por toda la vida, debemos liberarnos.

La mirada visionaria de Velázquez al pintar sus *Meninas* encuentra cierto paralelismo en Placencia y en la realidad de Temaca. El pintor, agudo, viéndose en el espejo, pudo exponer su propia imagen, la cara oculta del cuadro con el lienzo virgen y la madera que nunca es observable, las meninas, la bufona y el enano que las acompañan (en teoría no formaban parte del objetivo del pintor, pero eran parte de la vida cotidiana), sus nodrizas y al final el mayordomo, que observa alejado de la escena y que sube una escalera; los monarcas también forman parte de la pintura porque aparecen en un espejo colgado en la pared a espaldas de Velázquez. Algo similar hace Placencia en Temaca al retratarlo con su poesía: forman parte de su perspectiva los lomeríos, su gente viva y sus muertos en el panteón del cerro, el poco pan de sus cabañas y el rey que está crucificado en la peña y a quien le pide que se quede así. Pocos le han podido hablar de tú al Cristo que está crucificado en la escalera de piedra y que observa toda la escena hacia el norte, y muy pocos lo han podido ver como lo hizo Placencia, entre ellos, San Juan de la Cruz, que también sufrió el asedio de sus superiores por pensar como pensaba y que vivió, sufrió y gozó, como Placencia en el oficio sacerdotal y escribiendo poemas.

El padre Placencia es un poeta del dolor y también del amor (su propia firma es testigo: mitad con inclinación hacia la derecha, mitad hacia la izquierda), sufrió por Jesucristo y por obra de quienes lo condenaron al exilio. Temaca fue uno de sus veinte castigos, población que desde hace cien años decrece y no representaba —ni representa— un lugar apetecible para quienes buscan comodidades. Padeció la soledad, la misma que estuvo a su lado en sus últimos momentos, y a quien exigió su presencia iluminada con un rayo tenue de luna. Sufrió y gozó su amor prohibido con Josefina, quien murió sesenta años después de él. La culpa no es de España sino del tiempo, sufrió ocultando su amor terrenal y recibió el obsequio más preciado que los hombres pueden tener con la llegada de su hijo Jaimito. Sufrió la persecución religiosa que el carrancismo ya antecedía a las acciones del presidente Calles y la respuesta de los cristeros. Señalado de porfirista, tuvo una gran amistad con un «voluminoso cacique, personaje de *Las tierras flacas*» (Gutiérrez Vega). Amó y sufrió la música: creó grupos en sus exilios y por su pobreza entregó su saxofón (siempre le persiguió «el recuerdo del hermano vendido»). Su vida fue un dolor que amaba como ya lo había descrito Sor Juana, otra alma que sabía hablar con su Dios, como lo demuestra

al momento de descubrir que del cielo recibía castigos por hacer lo que le gustaba y pidió más castigos al mismo cielo para seguir haciendo lo que le gustaba.

El niño Alfredo sufrió cuando lo despegó el destino de su amado Jalostotitlán y lo describió con el mismo estilo que Pozos dibujó a Tepatitlán con sus calles empedradas en sus poemas. El poeta del dolor perdió a sus padres y hermanos, y cambió su nombre para incluir la «R» de los recuerdos, de la razón y de Ramón, como su padre, para recordarlo siempre. Fue capaz de ver los ojos ciegos del amor que sólo algunos creyentes son capaces de observar, los mismos ojos ciegos que veían a Temaca desde el sur y probablemente ya no verán más a su gente, sólo a sus muertos. Si el agua de la tecnología cubre Temaca, no alcanzará a su Cristo de la Peña ni al panteón antiguo que se mantendría aislado, elevado, testigo inamovible. La mirada del mundo está puesta en Temaca, pero solamente los que están ciegos de amor pueden admirarla, ése es su privilegio, no cualquiera puede ver con esos ojos. ¿Cuántos niños sufrirán cuando los despegue su destino de Temaca, cuántos le escribirán a los doce años de edad a su natal paraíso con los ojos bañados?

Las paradojas que vivió el poeta del dolor siguen vigentes, su amor también sobrevive. Los desiertos inventados por los conquistadores toma formas nuevas: los lugares con poca agua a la vista eran para los salvajes. Ahora los desiertos se cubren de agua para terminar las fiestas de Temaca y a Temaca mismo; los aztecas que vivían rodeados de agua representaban a la alta cultura de Kirchhoff, que ofrecía corazones vivos a sus dioses, mientras que las tribus indómitas vivían en los desiertos sin comida ni agua, vivían así porque no eran cultos. Ahora cubrimos los pueblos y sus tradiciones con desiertos de agua, pues la sapiencia del agua que corre a contracorriente es la alta cultura de los nuevos dioses de la industria. La ingeniosa ingenuidad del alteño que mete dos cartas en cada sobre por si se pierde alguna, ha quedado rebasada por una versión perversa que invierte en regresar el agua.

El alma de Temaca es un poema del dolor, los exilios que sufrió Placencia son los mismos que van a padecer las personas buenas como él. ¿Qué le vio el poeta a Temaca? Lo mismo que a Bolaños, Atoyac, El Portezuelo, Acatic, Centroamérica, a cualquier otro exilio y a cualquier otro pueblo, porque los ojos del mundo están puestos en el Cristo de Temaca. Vivió en *Los Altos Escondidos* porque *Los Altos de Arriba* no eran para los sacerdotes rebeldes. ¿Qué le ve a Temaca tanto la tecnología?

¿Será el poco pan y el corazón cansado que padeció Placencia? ¿Serán las tierras flacas y las mujeres enlutadas que describió el amigo que lo visitaba en su casa de San Pedro?

En el cuartel y el claustro con que el poeta recordaba a su familia, los padeció en su propia carne: su hermano, militar carrancista, perdió la vida luchando en Jerez, y su hermana monja, que murió en el internado, hubieran sido lo último de la existencia de los suyos a no ser por su amor con Josefina. El seminario donde estudiaba fue expropiado por las fuerzas revolucionarias y convertido en el cuartel de la xv Zona Militar. Cuartel y claustro son cárceles a los que se accede por vocación o por órdenes superiores. Placencia las combinó desde que aceptó la petición de su moribundo padre para tomar el sacerdocio y cuando lo enviaba el arzobispo a sus destinos: Fillmore en California tenía rejas de idioma y muros de montañas; Bolaños la grande, la de su Casa de Moneda, había pasado a mejor vida dos siglos antes al declinar la explotación minera, el poeta sólo encontró ahí los muros de las casas famosas recostados en el suelo y criando alacranes.

A California fue con la encomienda de atender a los exiliados de la Revolución. Más adelante, ellos mismos serían exiliados de regreso por otra desventura conocida como la Gran Depresión. A Centroamérica fue con otra comisión, no importa la que haya sido, allá no existía el pretexto de la migración de mexicanos. Si de los escombros de Bolaños extendió el universo de sus poemas, de la gente de Fillmore encontró el financiamiento para publicar sus obras porque vendiendo tamales y chocolate, pagó la impresión de sus tres primeros libros al otro lado del mundo, en España, donde se ubica la ciudad de Placencia, cuyo lema del escudo describe a nuestro poeta: «*Ut placeat Deo et hominibus*» («Para que agrade a Dios y a los hombres»).

El mejor amigo de Placencia desde la niñez, la escuela y casi hasta el final de sus días, fue José Padilla. Escribió dos poemas dedicados a él y todo lo que producía se lo leía primero al «hermano», como se decían mutuamente. Al final se distanciaron y no volvieron a visitarse. Fue uno de los golpes más duros que recibió en su vida (parecería paradoja del destino que como párroco firmara un acta de la muerte de dos gemelos con diferente enfermedad a la edad de 19 años el mismo día). En una ocasión, cuando estuvo en Acatic, invitó a Padilla para que lo visitara una temporada

porque tenía una hija —la más querida— enferma: «Acá es mejor el clima, le puede favorecer». Lo convenció y durante al visita murió la pequeña. El padre le ofreció como muestra de su gran amistad que la sepultaran en el templo, y como era un acto prohibido, la depositaron aprovechando unas obras de restauración en las paredes, y llevaron al panteón un pequeño cajón con una piedra dentro. Su luz se apagó con el «hermano» distanciado y como lo había pedido: en la pobreza y con una tremenda necesidad de olvido. Del cirio pascual en que convirtió su vida, tomaron la llama la vela de Arreola y muchos otros, muchos más la seguirán tomando porque dejó como encargo que cuidaran el Cristo de Temaca y le prendieran una lámpara.

Hoy rendimos homenaje a una luz muy especial, la que se encendió el año en que se apagó la de Placencia, Ernesto Flores (1930-2014) quien fue uno de sus más fieles seguidores y a quien debemos en gran parte el rescate de la obra del poeta, la *Poesía completa* del Fondo de Cultura Económica prologada por él, es el más fiel testimonio.

Genio y figura del padre Placencia

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Preparad la partida,
inflamad las estrellas,
juntar todas las noches que hubo en la vida
y envolvedme con ellas.

Creo que este fragmento de un largo poema del padre Placencia que contiene la metáfora enorme «juntar todas las noches», es una buena manera de entrar en los terrenos de la poesía de Placencia.

Alfredo R. Placencia nació en Jalostotitlán, en los Altos de Jalisco, la más castellana de nuestras regiones, en 1875. A los doce años se fue con su familia a Guadalajara. Eran muy pobres y tuvo que vender periódicos para costearse los estudios en el seminario. Al ordenarse, por razones que nunca explicó el arzobispado, se le entregaron parroquias lejanas en pueblos casi abandonados: Temaca (10 casuchas y una iglesia menesterosa, dice Gutiérrez Hermosillo); Bolaños, mineral abandonado; Atoyac, pueblo calcinado en medio de un desierto salitroso y Amatitán, villa recostada en los flancos de un terrible barranco. Nunca se quejó, cumplió su oficio a veces con desgana, otras veces con fervor, sufrió constantes remordimientos, pero fue siempre fiel a la mujer que le dio un hijo y que lo acompañó en su destierro en Estados Unidos y en Centroamérica. Por otra parte, conjugó amores ocultos con experiencias luminosas y mantuvo en pie una invencible admiración por la variedad del mundo: «¡Oh Bolaños! La urbe de las tapias caídas/ que en tiempo de los reyes/ fueron de cal y canto/ y que ahora se acuestan para que así derruidas/ salgan los alacranes a beber su quebranto».

El arzobispado sintió colmada la paciencia y suspendió al difícil sacerdote. Placencia vagó por pueblos de Estados Unidos y por villorrios de Centroamérica. Su situación económica era precaria, por lo que Josefina se vio obligada a vender tamales y chucherías para sacar adelante a la pequeña y necesitada familia. Regresó viejo y cansado. Su situación ablandó al iracundo arzobispo, quien le permitió vivir en una casa de ejercicios de San Pedro Tlaquepaque. Ahí, en la miseria, sordamente desesperado, perplejo y humorista, pasó sus últimos años. Murió en 1930.

Dice Gutiérrez Hermosillo que la poesía permitía al padre (en todos los sentidos) «arribar a playas de escape, de ensueño verdadero. Playas muy poco serenas, pero capaces de guardar su intimidad».

En un poema de juventud, Placencia tuvo una premonición de su abandono final y la expresó con un dramatismo contenido:

Quiero un lecho raído, burdo, austero
del hospital más pobre; quiero una
alondra que me cante en el alero;
y si es tal mi fortuna
que sea noche lunar en la que me muero;
entonces, oíd bien qué es lo que quiero:
quiero un rayo de luna
pálido, sutilísimo, ligero...
De esa luz quiero yo; de otra, ninguna.

En este poema, el padre pide que su Cristo de cobre lo acompañe en la agonía:

¿Para qué más fortuna
que mi lecho de pobre,
y mi rayo de luna,
y mi alondra y mi alero,
y mi Cristo de cobre,
que ha de ser lo primero...?
Con toda esa fortuna

y con mi atroz inmensidad de olvido,
contento moriré; nada más pido.

Escogí este poema, uno de los más representativos de Placencia en su tardío romanticismo (en él, Bécquer, Rosalía, Shelley y Keats se dan la mano con los poetas del Siglo de Oro y con todos aquellos que padecieron la nostalgia de la muerte), porque pienso que en él están presentes todos los signos y símbolos de un lenguaje poético personal y enemigo de las concesiones. Hay una alondra inglesa, un rayo de luna español, un dramático Cristo de cobre de la cultura católica y esa «atroz inmensidad de olvido», que tanto hiere y exalta a nuestra mestiza visión del mundo.

ALFREDO R. PLACENCIA

Los poemas de Temaca

El Cristo de Temaca

I

Hay en la peña de Temaca un Cristo.
Yo, que su rara perfección he visto,
jurar puedo
que lo pintó Dios mismo con su dedo.

En vano corre la impiedad maldita
y ante el portento la contienda entabla.
El Cristo aquel parece que medita
y parece que habla.

¡Oh...! ¡qué Cristo
este que amándome en la peña he visto...!
Cuando se ve, sin ser un visionario,
¿por qué luego se piensa en el Calvario...?

Se le advierte la sangre que destila,
se le pueden contar todas las venas;
y en la apagada luz de su pupila
se traduce lo enorme de sus penas.

En la espinada frente,
en el costado abierto
y en sus heridas todas, ¿quién no siente
que allí está un Dios agonizante o muerto?
¡Oh, qué Cristo, Dios santo! Sus pupilas
miran con tal piedad y de tal modo,
que las horas más negras son tranquilas
y es mentira el dolor. Se puede todo.

II

Mira al norte la peña en que hemos visto
que la bendita imagen se destaca.
Si al norte de la peña está Temaca,
¿qué le mira a Temaca tanto el Cristo?

Sus ojos tienen la expresión sublime
de esa piedad tan dulce como inmensa
con que a los muertos bulle y los redime.
¿Qué tendrá en esos ojos? ¿En qué piensa?

Cuando el último rayo del crepúsculo
la roca apenas acaricia y dora,
retuerce el Cristo músculo por músculo
y parece que llora.

Para que así se turbe o se conmueva,
¿verá, acaso, algún crimen no llorado
con que Temaca lleva
tibia la fe y el corazón cansado?

¿O será el poco pan de sus cabañas
o el llanto y el dolor con que lo moja
lo que así le conturba las entrañas
y le sacude el alma de congoja...?

Quién sabe, yo no sé. Lo que sí he visto,
y hasta jurarlo con mi sangre puedo,
es que Dios mismo, con su propio dedo,
pintó su amor por dibujar su Cristo.

III

¡Oh mi roca...!
la que me pone con la mente inquieta,
la que alumbró mis sueños de poeta,
la que, al tocar mi Cristo, el cielo toca!

Si tantas veces te canté de bruces,
premia mi fe de soñador, que has visto,
alumbrándome el alma con las luces
que salen de las llagas de tu Cristo.

Oh dulces ojos, ojos celestiales
que amor provocan y piedad respiran;
ojos que, muertos y sin luz, son tales
que hacen beber el cielo cuando miran.

Como desde la roca en que os he visto,
de esa suerte,
en la suprema angustia de la muerte
sobre el bardo alumbrad, ojos de Cristo.

[de *El libro de Dios*, 1924]

La cuesta de Temaca

Sólo Dios sabe cómo voy subiendo esta cuesta
de Temaca.

Decirlo no he saberlo yo
Cargo sobre mis hombros el ardor de la siesta
y en el alma lo acre y álgido del dolor.

Suponiendo que logre poner término a esta
pedregosa ascensión,
¿qué aventajo?
Mi madre sé que ya ni contesta,
ni se mueve a los ruegos, ni ha de sentir mi voz.

Sabe Dios cuándo acabe de subir esta cuesta
pedregosa y difícil, cargando, como voy,
sobre mis hombros todo el ardor de la siesta
y en mi alma el dolor.

[de *El paso del dolor*, 1924]

El Salto de Temaca

¿Es que maldices o mi mente sueña ... ?
¿A quién le vas gritando eso que gritas,
cuando raudo y voraz te precipitas
y el canto rompes en la abrupta peña ... ?

Contén la furia, tu rencor domeña
y vuélvete la paz que necesitas.
¿No te sientes mejor cuando meditas ... ?
¿No es grande la humildad con ser pequeña ... ?

Si alguien te despertó, tú estás callado
como que duermes, aunque estés despierto.
Yo he visto bien en lo que llevo andado,

y hasta lo juro, tan así es de cierto,
que de herirme nomás se han olvidado
los que hace mucho me suponen muerto.

[de *La franca inmensidad*, 1959, póstumo]

La peña de Temaca

Para Amando J. de Alba,
viejo amigo, inspirado poeta.

I

Mi peña está ceñida
de su eterno esplendor. Las flores blancas
que tapizan su clámide y la bordan
beben la juventud de sus entrañas.

¡Que conquie me proscriba y me destierre ... !
¡Que conquie sea la gigantesca lápida
del temprano sepulcro en que ateridos,
vendrán mis huesos a dormir mañana ... !

Mi peña se ha vestido
de flores muy azules y muy blancas
que al brotar a la luz de entre sus grietas
bebieron de su jugo y de su savia.

Las intemperies llegan y se entumen,
nacen los muchos tiempos y se pasan ...
y ella ... siempre es la misma: ni la rinde
ni la encorva su vida legendaria.

Mi peña está ceñida
de brotes nuevos y de rosas blancas,
que beben de su jugo
y apuran de su savia.

II

Roca en eterna floración, contesta:
¿a dónde están tus águilas...?
¿Tus águilas enormes, genitoras
de las que anidan hoy entre tus abras...?

Pasaron tan de prisa
como el vuelo sin rastro de las alas,
o como inmensas rocas al abismo
por el golpe de un rayo, despeñadas.

Tus troncos, de una edad, como de piedra,
que las vieron ayer, apenas alzan,
al fardo enorme de sus muchos tiempos,
las oscuras cabezas quebrantadas.

¡Oh...! mi peña está muy joven
y tiene el corazón lleno de savia...
Mi peña está ceñida
de brotes nuevos y de rosas blancas.

III

Feliz el que contrito
de la senda que anduvo, la desanda,
y borra la señal y hasta el recuerdo
de las viejas pisadas.

¡Oh...! bienaventurado el que medita
lo que los hombres y los tiempos cambian,
y olvida el esplendor de las ciudades
por la dulce quietud de las cabañas.

¿Para qué es una noche sin estrellas...?
y un cielo, ¿para qué, sin alboradas...?
¿De qué sirve un Calvario
sin redención, sin Cristo y sin alianza...?

Yo en mis sueños de loco, si es un loco
quien va buscando la quietud del alma,
abrí mi corazón ante el olvido
y «entra —le dije—, pasa...»

Y él entró y soy feliz; todo lo tengo:
soy el amo y el rey de estas montañas.
Va el olvido en mi torno,
y más cerca mi paz dentro del alma...!

¡Oh...! ¡Bienaventurado el que ha sentido
lo que los tiempos y los hombres cambian,
y borra la señal y hasta el recuerdo
de las viejas pisadas...!

¿Quién más feliz que yo...? ¿No es por ventura
resurrección gigante esta que pasa
por mi mente de bardo y por mis ojos
cuando va a reventar cada mañana...?

De átomos de oro empápanse las frondas,
y se inundan de fuego las montañas,
y cantan alumbrados los torrentes
y la roca palpita y la hondonada.

Hay música en los nidos
que aprendieron y saben las calandrias,
y canciones de amor que el viento deja
prendidas al juncal o entre las cañas.

¿Quién canta allá...? Saludan los gañanes
a la vida que se alza.
Brotan a flor los gérmenes primeros
en las tierras aradas.

Y yo canto también. Vueltos los ojos
a la parte del cielo que se inflama,
bebo su eterna claridad y alumbro
los desiertos del alma.

Y me paro a cantar y las estrofas
que sorprendo en el arpa
saben de las ternezas que se dicen
en los nidos despiertos, las calandrias.

¿Os extraña mi cambio...? No os extrañe...
Me puse a ver despacio cómo cambian
los hombres y los tiempos y las cosas,
y cómo hacen traición y cómo engañan.

Y torcí la vereda que traía
y la cambié por ésta en que no andan
sino mi hermano olvido, que me sigue,
y la música grande de mi alma...

También mi peña es joven,
con una juventud que no se cambia.
Lo mismo que las águilas antiguas,
la vienen a buscar las nuevas águilas.

Florecieron sus frondas y están llenas
de nidos de calandrias
que ensayan a sus hijos a que canten
cuando va reventando la alborada.

Mi peña está ceñida
de brotes nuevos y de rosas blancas,
que juegan por las tardes a mecerse
sobre el húmedo tallo columpiadas.

¡Oh...! ¡mi peña que canto! sé la losa
de la tumba florida en que mañana,
mis huesos quebrantados,
su sueño dormirán que no se acaba.

Si no es mentira que los muertos vuelven
y en el silencio de las noches andan,
volverá el soñador mudo y envuelto
en el sudario de tus brumas blancas,

y escribirá en los troncos y en las flores,
que tu clámide bordan y engalanan,
las estrofas de amor que le inspiraste
y que dejó al morir, nomás pensadas.

[de *El vino de las cumbres*, 1959, póstumo]

El cementerio de Temaca

Sobre un fondo de luces, donde soberbio revienta el día,
o de polvo de estrellas, cuando es de noche, tal se destaca
sobre el cerro de enfrente, callado y grave, como un vigía,
el viejo cementerio de mi ignorada, pobre Temaca...
Abierta mi ventana de hojas azules que da al oriente,
voy a cumplir dos años de verlo casi de hito en hito.

¿Quién no ve el puerto cerca, mirando al menos la tumba enfrente?
¿Quién no recuerda, si mira las costas patrias, que fue proscrito?
Los que sois mis amigos (bien que sois pocos), tenedme envidia.
No os inspiré congoja mi vida extraña, ni pena alguna...
Los que fueron traidores, ¿qué me agraviaron con su perfidia...?
¿No es hablar con los muertos que ya no mienten, mejor fortuna...?
¿Cuántas cosas se olvidan...! ¿Cuánto se piensa viendo esas cruces,
que se asoman al muro del cementerio perpetuamente,
ya las viste la aurora con sus sangrientas, primeras luces,
ya las besen los rayos desfallecidos del sol poniente...!

A la espalda del cerro donde se alzarón, dormita el río,
donde el sabino moja sus blandos brotes y su corteza.
Cuando cantan las olas, ¿podrá en las tumbas sentirse frío?
Donde se alza la vida, ¿podrán los muertos tener tristeza?

Quien soñó así las tumbas sobre esas cumbres, seguramente,
mucho pensó en los muertos y en los delirios de su agonía;

las montañas excelsas que hasta los astros hunden la frente,
¿no se inundan primero que la hondonada, con luz del día?
Dicen que están las fosas eternamente llenas de frío,
que no acaba nunca, mientras que no se acabe su noche inmensa,
y que el nombre de un muerto sobre los aires o en el vacío,
más acaso perdure que en la memoria: ¡Nadie lo piensa!
¿Mentirán los que dicen esa mentira...? Yo así lo creo...
Abierta mi ventana de hojas azules que da al oriente,
miro hacia el cerro triste de los difuntos y allí los veo
a su cruz abrazados, como a su tumba, perpetuamente ...

Y esos seres queridos que todos vemos y a nadie asombran,
aunque hubieren dejado sobre la tierra su hogar vacío,
no por eso están solos en sus sepulcros: todos los nombran,
y los aman y buscan todas las almas ... ¡No tienen frío...!

¡Oh, tú, seas quien fueres, poeta o justo, que ayer te viste
ir cavando las fosas de los que fueron, sobre esa cumbre!:
vive. Tal vez un día las sepulturas de luz vestiste,
de esa suerte, ¡la aurora, que no se apaga, tu frente alumbre!

¡Oh cementerio mío, que eternamente de luz te bañas!
si vencido rodare sobre la arena de extraño suelo,
busca tú mis despojos: quiero que duerman en tus entrañas.
De tus viejos sepulcros y de tus cruces, ¿qué dista el cielo?

¡Oh, mi viejo Temaca! Por viejo y pobre, Temaca mío:
Dame una tumba tuya. Si oyen los muertos, cuando me muera
quiero oír las canciones que de tus frondas cuelga tu río;
quiero ver que sacuda tus verdes arapas, tu sabinera.

[de *El vino de las cumbres*, 1959, póstumo]

Adiós Temaca

Voy a dejar tu peña que tanto adoro,
tu peña que se viste de luces blancas,
que alumbraron la noche de mis recuerdos
y de mis ansias ...

Voy a dejar tu peña,
voy a dejar el alma ...
El alma que soñó tantas estrofas
y que tu peña canta.

¿Quién cuidará tu Cristo...?
¿Quién prenderá tu lámpara...?
Tu lámpara y tu Cristo que alumbraron
sobre la noche inmensa de mi alma ...

Voy a dejar tu peña... tu peña amiga
de las nubes que pasan ...
que tiene tantas frondas como sus años,
que tiene tantos nidos como sus abras.

Ha terminado el sueño
de mi noche de ayer, única blanca ...
y hay que decirte «Adiós» desde la cumbre

de mi inmenso dolor. ¡Adiós, Temaca!
¡Hijo de la vejez de mis martirios...!
¡Hijo de mis entrañas...!

Voy a perder de vista tu camposanto
de viejas tapias
que enarbola sus cruces sobre lo excelso
de tu montaña.

Voy a dejar tus cumbres,
voy a dejar el alma...
el alma que soñó tantas estrofas,
y tus tumbas que hablan...

¿Para qué soñé tanto? La tumba aquella
que pasó por mis ojos iluminada;
la cruz de piedra que forjó la mente;
la envejecida lápida;

mi corona de mirtos y siempreviva,
mi yedra azul, mi triste pasionaria,
la claridad de mis estrellas propias
y el dolor de los pobres que no aman...

Es decir, ¿que todo eso
vino quedando para siempre en nada...?
¡Oh, no me hables, por Dios! ¿No oís los gritos
del dolor que me habla...?
El dolor que ha atronado con sus voces
el desierto del alma...

¡Qué hermoso hubiera sido para el poeta
a la luz de tus astros dar con la playa
y atisbar a los cielos eternamente
desde una de las tumbas de tu montaña...!

Mas no lo quiso Dios. Mi tumba es otra
y otra será la rama
donde suspensa quedará mi lira
que ha templado el dolor... ¡Adiós, Temaca!
¡Hijo de la vejez de mis martirios...!
¡Hijo de mis entrañas...!

Voy a dejar llorando tu cementerio
de viejas tapias...
Voy a dejar tus tumbas,
voy a dejar el alma...
el alma que soñó tantas estrofas
y tus tumbas que hablan.

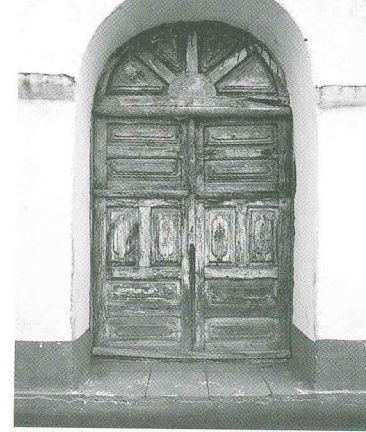
Cuando lento y callado se alce el lucero
de la pálida niebla de tus montañas...
cuando en haz de renuevos y de armonías,
desataren tus frondas la serenata
de los vientos sonoros que allí dejaron
suspendidas las arpas;

cuando tenga el sabino retoños nuevos
que humedezcan tus aguas,
o vayan de tus frondas a columpiarse
los rayos de la luz y las calandrias;
entonces, por piedad, cuando eso sea,
piensa en el soñador, que en hora aciaga

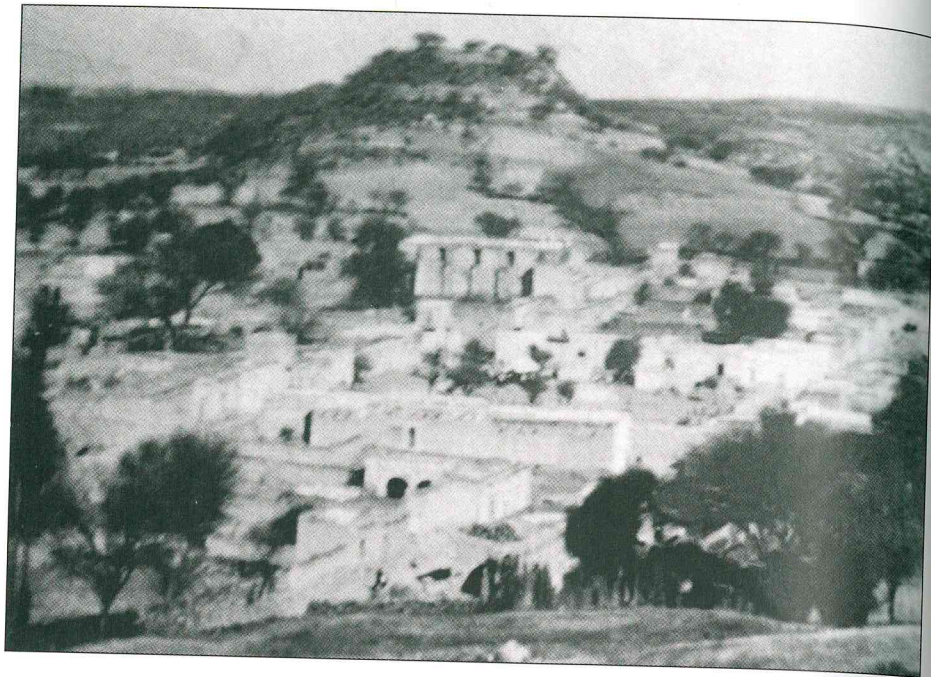
ha dejado tu Cristo
y ha dejado tu lámpara ...
tu lámpara y tu Cristo que alumbraron
sobre la noche inmensa de mi alma.

Si llegase a pasar alguna estrella
por tu cielo sin luz, en su mirada,
que acaso venga a iluminar tu Cristo,
te enviaré el corazón: ¡Adiós, Temaca ...!
Adiós, último sueño
de mi noche de ayer, única blanca.

[de *El vino de las cumbres*, 1959, póstumo]

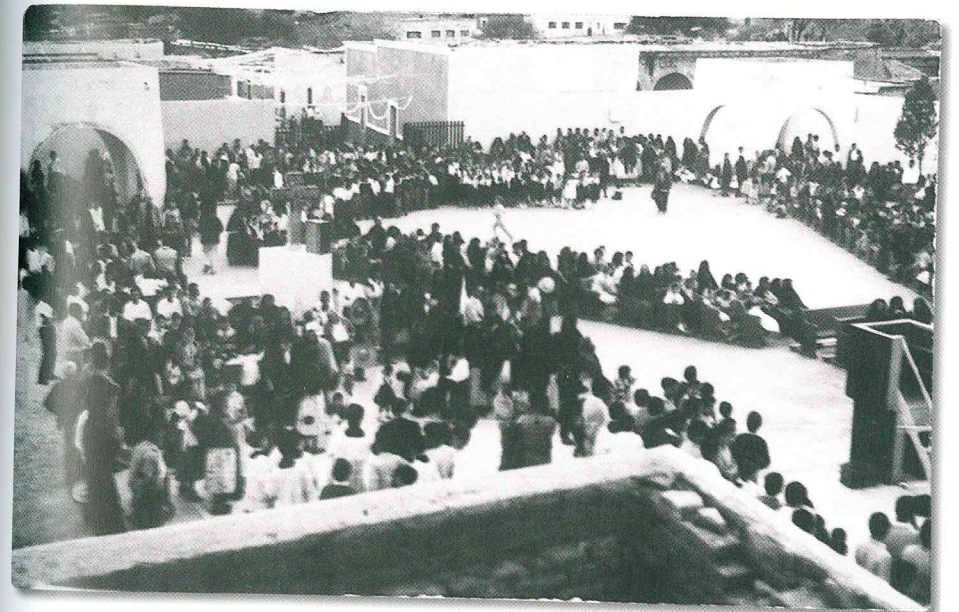


Imágenes de Temaca



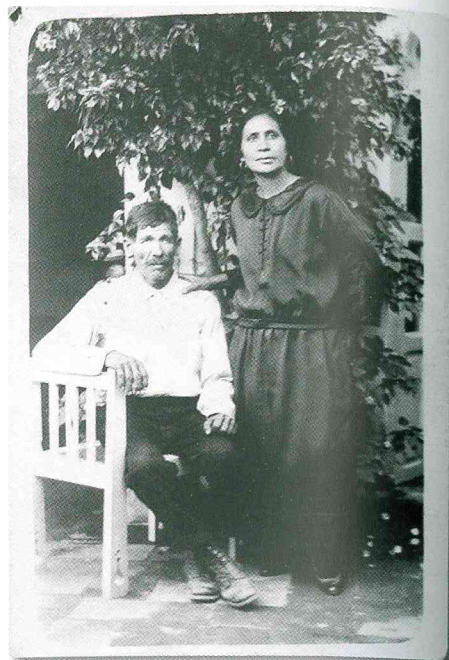
Panorámica de Temacapulín a principios del siglo XX.

Página siguiente, arriba: desfile del 16 de septiembre en Temacapulín, 1918. *Abajo:* fiestas patronales de Teamacapulín (ca. 1924).

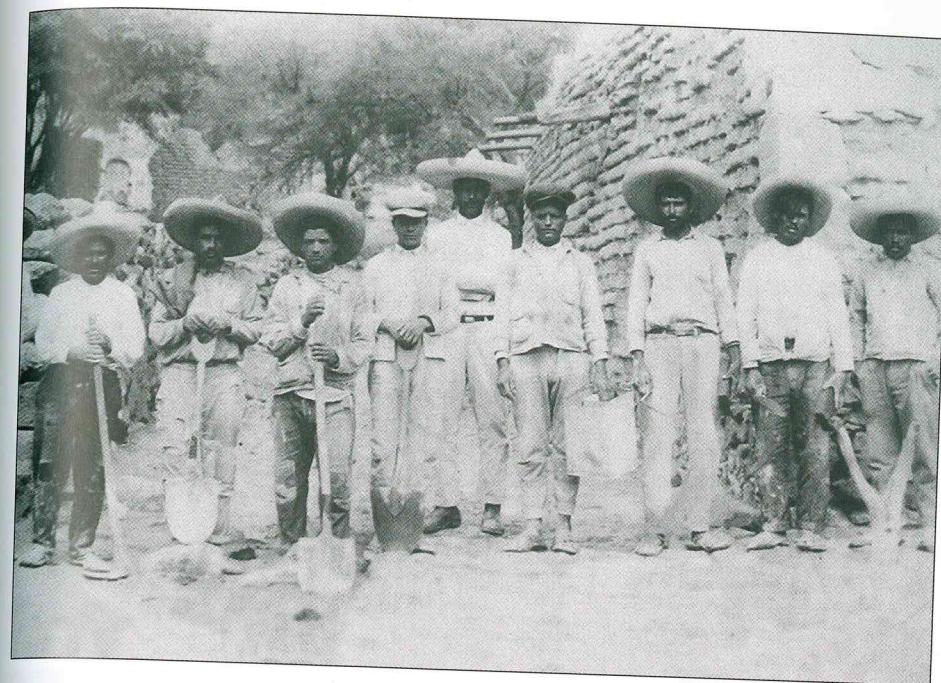




Habitante de Temacapulín de principios del siglo xx.



Familia temacapulinense de principios del siglo xx.



Página siguiente, arriba: trabajadores del camino vecinal Mexticacán-Villa Obregón (Temacapulín, 1928). *Abajo:* inauguración del camino vecinal Mexticacán-Villa Obregón (Temacapulín, 1930).





El Cristo de Temaca.

Página anterior: el río Verde y sus sabinos en las inmediaciones de Temalcapulín.

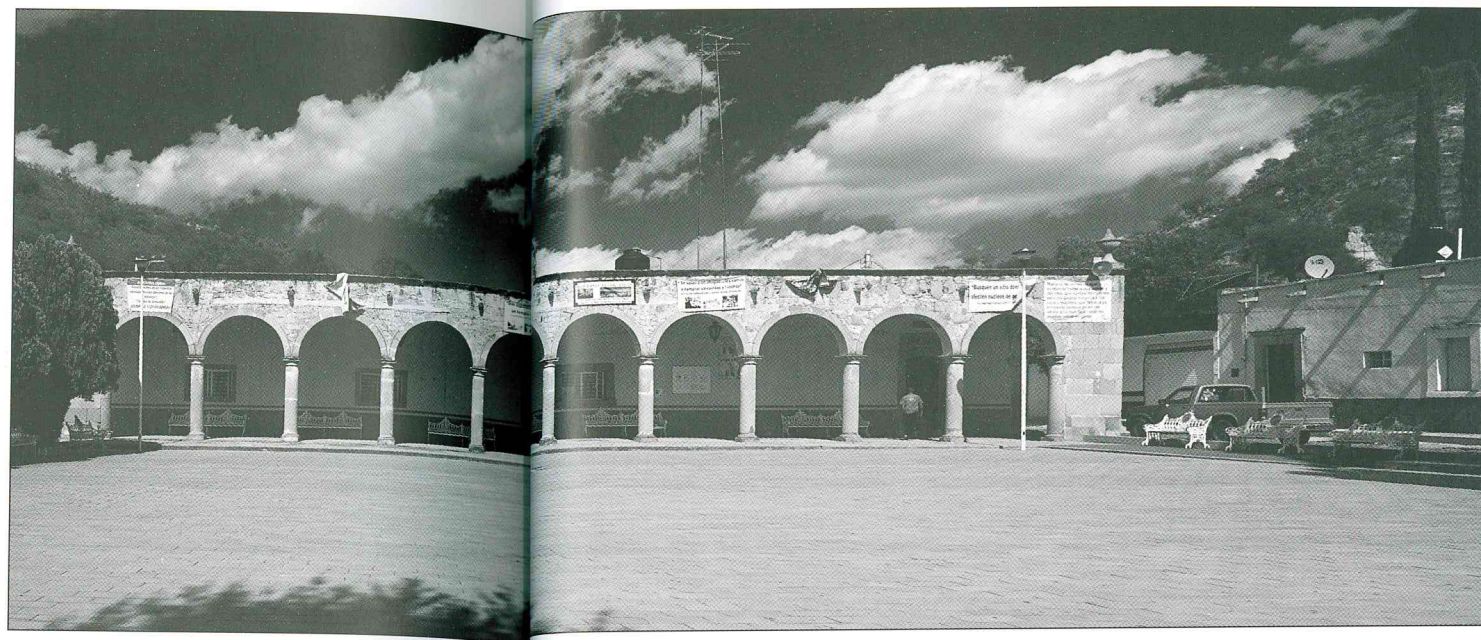
Páginas siguientes: Panorámica de Temalcapulín.

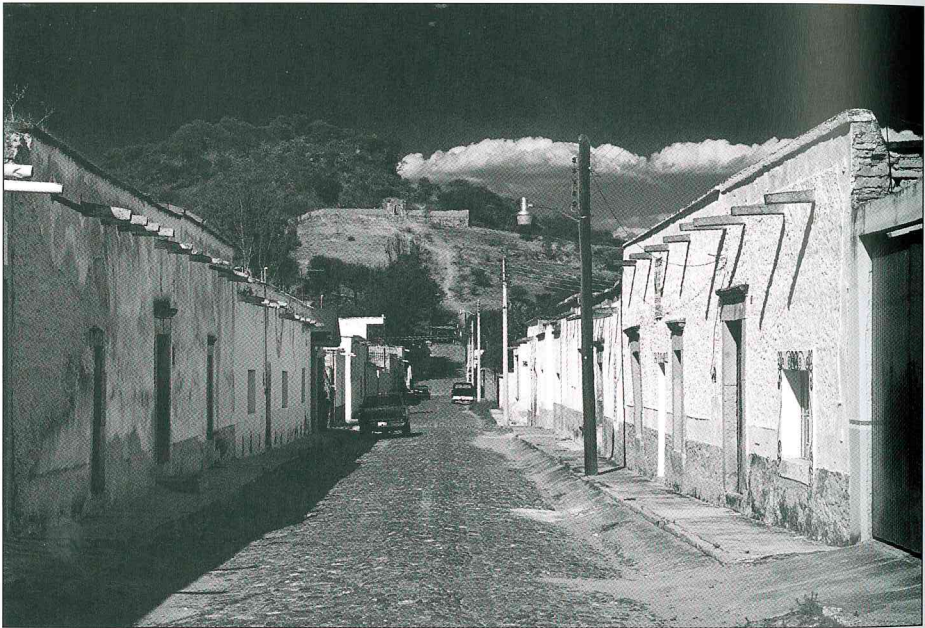
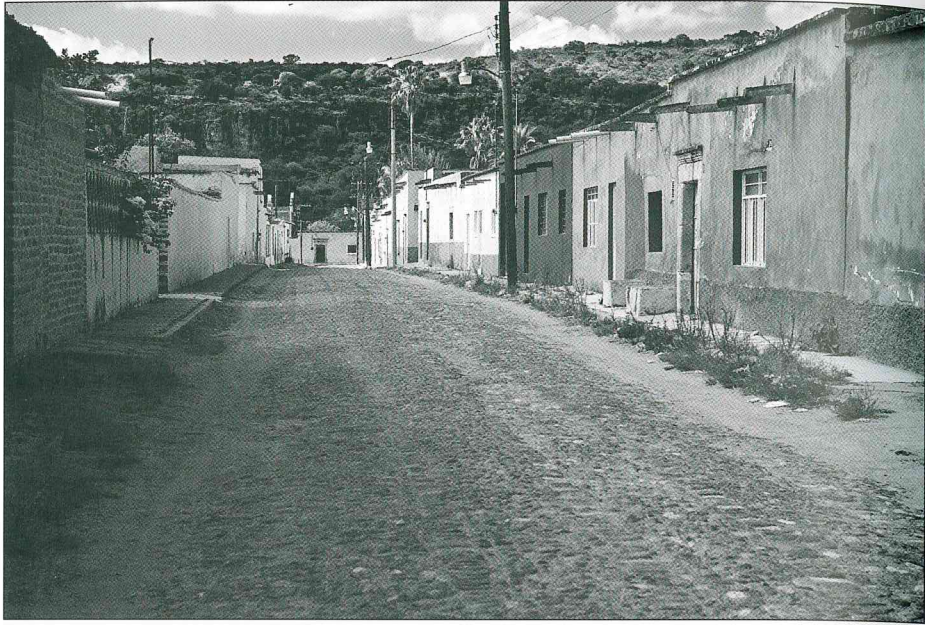




La Parroquia del Rosario, donde Alfredo R. Placencia sirvió entre 1910 y 1912.

Por las calles de Temalcapulín.





Por las calles de Temalcapulín.



La luna sobre el cementerio de Temaca.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Los Altos

Dra. Irma Leticia Leal Moya
Rectora

Dr. Jesús Rodríguez Rodríguez
Secretario Académico

Mtro. Paulo Alberto Carrillo Torres
Secretario Administrativo



HA TERMINADO EL SUEÑO

TEMACA EN LA POESÍA DE ALFREDO R. PLACENCIA

se terminó de imprimir y encuadernar en mayo de 2014

en los talleres de Pandora, S.A. de C.V. Caña 3657, col. La Nogalera,

Guadalajara, Jalisco, México.

Tiro: 500 ejemplares.

Diseño editorial y de cubierta: Avelino Sordo Vilchis ~ *En la portada:* vista de Temacapulín desde el cementerio; *contraportada:* golondrina anidada en un muro de Temaca y busto del padre Placencia en la parroquia de Temaca, fotografías de Rubén Orozco ~ *Composición tipográfica y retoque de imágenes:* Rayuela, diseño editorial ~ *Fotografías:* Rubén Orozco, páginas 41, 46, 47, 48-49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56 y colofón; Archivo, páginas 42, 43, 44 y 45 ~ *Cuidado del texto:* Encarni López González ~ Guadalajara, Jalisco México, mayo de 2014.



Alfredo R. Placencia (Jalostotitlán, Jalisco, 1875- San Pedro Tlaquepaque, Jalisco, 1930) fue, ante todo, un gran poeta. A los doce años de edad abandonó su pueblo natal para realizar estudios en el Seminario Conciliar de Guadalajara que concluyó en 1899. A partir de ahí, su vida transcurrió por diversos pueblos de Jalisco y Zacatecas, incluso, ya en el otoño de su vida, fue castigado con el destierro a Estados Unidos y El Salvador. Sufrió la muerte de toda su familia cercana en un dilatado lapso de tiempo: desde su padre en 1896 —a partir de la cual añade la «R» de Ramón en su memoria—, hasta su hermana, Cristina, en 1918.

Entre 1910 y 1912 fue párroco de Temalcapulín, Jalisco, que a decir de Ernesto Flores —el más dedicado estudioso de su vida y obra— fue uno de los pueblos que más amó, y que actualmente está en riesgo de desaparecer inundado, en aras de mitigar la insaciable sed de alguna megápolis lejana que no supo cuidar sus recursos.

En la amplia y notable obra poética del padre Placencia, hay referencias a Temalcapulín. En éstas páginas se presentan los seis poemas en los que la población —«Temaca», como es conocida y nombrada por los alteños— forma parte del título, además de ser protagonista principal, presentadas por el también poeta, Hugo Gutiérrez Vega y Cándido González Pérez. Además se ofrece un pequeño álbum fotográfico que testimonia la belleza y personalidad de población.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de los Altos (CuAltos)